

## Museos, objetos y comprensión

*Jim Bennett*

Jim Bennett  
(Belfast, 1947)  
es historiador de la  
ciencia. Actualmente  
dirige el Museum of  
the History of Science  
de Oxford.

Los elementos que consideraremos aquí –historia, museos y centros científicos– tienen una relación problemática y no está claro hasta qué punto realmente van juntos. El hecho de que los planteemos en la misma discusión refleja algunas de las contingencias de la historia reciente de las instituciones públicas y algunas de las presunciones sobre la ciencia pública heredadas de anteriores historias institucionales. Nada de esto es absoluto ni esencial: si se decidiera que es prudente construir contingencias y presunciones diferentes, se podría hacer.

Podemos empezar con la dicotomía más sencilla: los centros científicos no tienen una preocupación real por la historia. Las figuras del pasado pueden aparecer en los expositores, pero la motivación para presentarlas no es fundamentalmente histórica. Esta dicotomía es significativa, ya que el cometido corriente de un centro científico se vería seriamente en entredicho por los juicios relativistas que se requieren del historiador. Los centros científicos proporcionan una «comprensión» del mundo natural asegurada en referencia a la ciencia contemporánea: para este fin las figuras o los episodios históricos no son de interés en sí mismos, aunque pueden ser seleccionados y usados para propósitos de presentación o para la legitimación cultural.

Por supuesto, aquí se presenta un problema: si bien los científicos no atribuyen relevancia epistemológica a la historia de su disciplina, por muy entretenida que pudiera ser como una buena historia, los historiadores tienen dificultad a la hora de ver el presente de la ciencia como fundamentalmente menos contingente que su pasado. Incluso para los científicos es intuitivamente obvio que la comprensión presente contribuirá de forma sustantiva y formativa a la comprensión futura, pero al mismo tiempo la comprensión presente no se supone que dependa del pasado en cuanto a su autoridad epistemológica. Si para los filósofos de la ciencia el tránsito de lo contemporáneo a lo histórico implica cuestiones muy delicadas, el movimiento continuo del presente es –como veremos– un problema real, práctico, para un instrumento de «comprensión» tan caro, difícil de manejar e inercial como un centro científico.

La segunda dicotomía en este trío de elementos mal encajados es que los museos no tienen una conexión esencial con los centros científicos. Se puede pensar que la característica fundamental de un museo es cuidar y exhibir una colección de objetos. Los centros científicos no tienen colecciones –muestran cosas, es cierto, pero no está claro si éstas son «objetos» en el sentido museológico–, es decir, que tienen un futuro asegurado más allá de la exhibición. Sin embargo, algunas galerías de centros científicos han crecido dentro de museos de ciencia tradicionales, e incluso cuando no lo han hecho, parece que la opinión pública lo distingue más difícilmente. Pero los centros científicos podrían clasificarse más legítimamente como escuelas que como museos; incluso podrían clasificarse más legítimamente como patios o como espacios de entretenimiento que como museos.

Evidentemente, los centros científicos prefieren adscribirse al género «museo» que a los otros que he mencionado, aun cuando su relación con los museos ha sido ambivalente. Hasta cierto punto, su enfoque alternativo al edificio de exposiciones se ha fomentado a expensas de los valores del museo tradicional, de la conservación y exhibición de colecciones. Hubo, y todavía hay a

veces, comentarios peyorativos sobre exposiciones sin vida, objetos silentes, vitrinas cerradas, visitantes cohibidos, fetichismo de los artefactos, y así sucesivamente. Las exposiciones interactivas y «para tocar» serían más vivas, más atractivas e incluso más democráticas; las exposiciones de tipo tradicional son áridas, austeras y alienantes. El movimiento de los centros científicos atacó a los museos por no poner en primer plano la «comprensión de la ciencia» y, en el proceso de introducir nuevos estilos de exposición, los objetos, con todos sus inconvenientes y distracciones, fueron relegados a los almacenes.

Se esté o no de acuerdo conmigo hasta aquí, no me cabe duda de que se pensará que mi cuidada estructura de desmenuzar una a una las tres relaciones formadas por este trío de elementos se desplomará cuando tenga que emparejar la historia y los museos. ¿No hay más remedio que admitir aquí una conexión esencial? Bien, no del todo, aun cuando la conexión contingente es poderosa.

Muchos museos, incluyendo aquel para el que trabajo, optan por tomar la historia como tema principal; otros se ven obligados, en diferentes grados, a comprometerse con el enfoque histórico porque tienen a su cargo grandes e importantes colecciones de pruebas históricas. Pero sus exposiciones no están necesariamente motivadas por ambiciones o por una sensibilidad histórica; su principal interés puede ser estético, técnico, político, comercial o cualquier otro, o puede ser «la comprensión pública» en el sentido estrecho normalmente adoptado en los centros científicos. Los viejos objetos se pueden ordenar en apoyo de cualquier fecha del calendario; en muchos casos la historia puede ser mala, pero nunca se pretendía que fuera buena.

La tendencia a introducir los centros científicos en los museos de ciencia, por ejemplo, constituye un movimiento encaminado a sustituir la historia por una «comprensión» construida en un sentido más estrecho, más cuidadosamente controlada. No hay nada inherentemente ilógico o moralmente reprochable en esto —aunque la completa postergación de las colecciones se podría considerar como el incumplimiento de una obligación de los museos: permitir el acceso público—, sino más bien es una opción ante la que podemos preferir una alternativa o situarnos en algún punto intermedio. Por lo que respecta a las instituciones públicas, podemos decidir qué clase de cultura científica pública queremos fomentar, y la contribución de la historia se debe argumentar por sus propios méritos: no está simplemente implícita en el hecho de que tenemos cosas como museos de ciencia públicos. Pero si el argumento es convincente, los museos de ciencia tendrán un papel muy significativo a la hora de materializar la conclusión a la que hayamos llegado.

Si no son esenciales las razones por las que estos tres elementos han sido unidos y se presentan aquí, hay contingencias considerables que los han acercado. La mayoría de los museos de ciencia, por ejemplo, no se han basado en la historia como su finalidad principal, sino más bien en la educación científica: de hecho, muchas de estas instituciones educativas se han convertido en museos en el sentido moderno cuando han envejecido y adquirido responsabilidades por sus colecciones históricas con el paso del tiempo. Si los intereses históricos de muchos museos científicos son contingentes respecto a su pasado institucional, por la misma razón la intencionalidad educativa de los centros científicos se puede decir que tiene una legitimación contingente en los museos de ciencia. Esto no quiere decir que sea deseable el estrecho programa de los modernos centros científicos o que sea beneficiosa su antipatía por la historia y los objetos (de nuevo en el sentido museológico). Igual como ocurre con la historia, el programa de «comprensión» que se ejemplifica en los centros científicos tiene que demostrar el valor de su contribución a la cultura pública de la ciencia.



¿Lo ha hecho así? Parece discutible. A lo largo del período en el que los centros científicos se han expandido de forma espectacular, ha decaído la confianza pública en la ciencia y el respeto por los científicos como expertos desinteresados. Puede que no haya conexión entre una cosa y otra, pero como mínimo podemos decir que los centros científicos no están proporcionando sus previstos beneficios y deberíamos reflexionar acerca de por qué no lo hacen. Seguramente se pretendía que ayudaran a restaurar la fe del público en el progreso científico y hacer de la ciencia una opción más atractiva para los estudiantes y licenciados, y estos objetivos, por la razón que sea, no se han alcanzado.

En un principio se ofrecieron dos diagnósticos, que no afectaban a la ciencia y a su autoridad epistemológica, como explicación del desencanto público: el fracaso de los científicos para «comunicar» y el fracaso del público a la hora de «comprender». Fue inteligente la adopción de una bandera tan conciliadora como «la comprensión pública de la ciencia», ya que la comprensión pública siempre tendría que ser positiva. El problema estribaba más bien en la naturaleza de la comprensión que se ofrecía. El cambio fue reducir el alcance y la visión de una «comprensión» digna de tal nombre para restringirla a una comprensión de la teoría científica contemporánea –reducida, por necesidad, a una dudosa oferta de exposiciones lúdicas en centros científicos llenos de diversión.

Esto se podría pensar que era una respuesta fatal ante la urgente necesidad de una cultura científica pública. Ofreciendo una ciencia que parece inevitablemente juvenil, presentada a través de baratas interactivas y lúdicas de una desmesurada claridad y simplicidad de visión, se asociaba con las certezas perdidas de la infancia, y nada sugiere que la opinión pública esté inclinada a relacionar estas experiencias con los complejos problemas reales, sociales y éticos, afrontados por la ciencia tal como se encuentran en el mundo adulto.

Actualmente no son infrecuentes las manifestaciones de insatisfacción pública ante presentaciones museísticas flojas de contenido, aun cuando sean amenas. Hay visitantes que afirman que, tal vez, los museos que se han movido en esta dirección les están engañando. Un articulista de *The Guardian*, por ejemplo, escribió recientemente en referencia al Museo de la Ciencia y al Museo de Historia Natural de Londres que los museos se han transformado «en palacios de entretenimiento maravillosos para los menores de doce años y sus padres», lo que hace que los otros visitantes se pregunten «para qué puede servir tanta amabilidad infantil... ¿para preparar a los niños para cuando crezcan y puedan ir a los museos y vean cosas aptas para niños?». Un editorial de la revista *Prospect* observa que lo más decepcionante de la Cúpula del Milenio es que «la ciencia y la tecnología parecen inteligentes pero realmente no te cuentan nada. Eso suena familiar. Si se visita el Museo de la Ciencia en South Kensington con la esperanza de salir sabiendo cómo funciona realmente el teléfono o la televisión, la decepción está asimismo asegurada. Es un museo de diseño lleno de tecnodecepción». Si parece que me estoy basando en la predecible acritud de la intocable *intelligentsia*, puedo citar a Malcolm McLaren, entrevistado en la revista *New Heritage*, asegurando a los profesionales de los museos que «la gente está buscando cosas reales, está buscando lo auténtico» y que su pasión particular es por «las máquinas científicas históricas».

No afirmo que lo dicho sea exacto respecto al Museo de la Ciencia –no lo es–, sino que al menos deberíamos escuchar estas indicaciones desinteresadas en el sentido de que podríamos estar equivocándonos de camino. La relación de familia que hay entre los centros científicos y aventuras como la desacreditada Cúpula del Milenio ha empeorado las cosas. Abundan los temores bien fundados de que los otros muchos centros científicos promovidos por la Comisión del Milenio fra-

casarán. Y ya empezamos a oír las excusas de los promotores de tales centros, que son iguales a las que ya hemos escuchado sobre la Cúpula del Milenio: si le vendes a un patrocinador una mala idea, la obligación del patrocinador es rechazarte.

No resulta difícil ver por qué la cultura científica de los centros científicos parece débil y poco convincente, dejando aparte la adulteración técnica de la que se queja el comentarista de *Prospect*. Historia, práctica, tecnología, industria, todas han sido suprimidas del programa de comprensión pública. El producto intelectual se ofrece sin el proceso de su formación. Si el proceso –histórico, material, social, institucional, etc.– se tiene que reintroducir, cosa que debe hacerse si la comprensión ofrecida ha de tener alguna credibilidad, toda la contingencia histórica y social concomitante obligará a la ciencia a comprometerse en absolutos epistemológicos. Pero eso será para bien –será más realista y creíble–, restaurará el protagonismo y el impacto humanos sobre la historia –y será bueno para la ciencia.

Nada de esto es realmente nuevo: algo similar a una crisis parece que ya se ha reconocido en la comunidad de los centros científicos y el diagnóstico hecho desde dentro (al menos en ciertos ámbitos) coincide con el hecho desde fuera. Un problema es el de orden práctico que ya he indicado antes: parece imposible renovar las exposiciones continuamente como no sea que una constante aportación de novedades y sensaciones pueda asegurar la continuada asistencia de público e ingresos por entradas. Los centros científicos se hacen viejos igual como los museos, pero igual como cualquier institución creen que tienen el derecho a sobrevivir para siempre, lo cual no es fácil cuando se ha invertido tanto para ser siempre joven.

En un nivel más profundo, existe un debate interno sobre el carácter predominante de los centros científicos y cómo deberían evolucionar. Una antología de ensayos de expertos en la materia publicada en 1998 bajo el título *La révolution de la muséologie des sciences* muestra una amplia coincidencia en la necesidad de pasar a una nueva «generación» (la metáfora común) de los centros científicos –que sería la «tercera generación» después de los museos de ciencia y de los centros científicos «tradicionales»–, como si no hubiera habido muchas generaciones anteriores a éstas. James Bradburne, por ejemplo, de *New Metropolis* de Amsterdam, enumera las insuficiencias de tratar con principios en la ciencia y descuidar el proceso y con la falsa impresión de exploración y descubrimiento, ya que la agenda de la exposición en cualquier sentido fundamental no es negociable. Bradburne habla de «crisis» en los centros científicos, precipitada por la caída en el número de visitantes. Pero la visión de la tercera generación que él y otros autores intentan esbozar apenas va más allá de vagas y piadosas aspiraciones. Más recientemente, Bradburne parece que se ha decantado por la posición de quienes no ven futuro alguno para los centros de ciencia: su inminente extinción los convertiría en dinosaurios metafóricos.

Si es así, probablemente nos hemos ocupado demasiado de los centros científicos y deberíamos volver a los museos, a los objetos y a la historia. La razón por la cual los objetos y las sensibilidades históricas no tienen lugar en el centro científico tradicional es que parecen comprometer su misión central. A primera vista, esto podría ser una contradicción, ya que el tipo de presentaciones que se ha defendido para sustituir a las de los museos eran exposiciones interactivas, para tocar, que parecían prometer una mayor impronta física y material. Pero el objetivo no era una destreza manual o mecánica –el objetivo era la «comprensión–, y la supresión de los objetos tradicionales ofrecía no sólo la posibilidad del contacto físico sino también la posibilidad de un mayor control, ya que las cualidades de los objetos vistos como irrelevantes, confusos y desconcertantes se podrían eliminar.

En lugar de retirarnos a un programa que se pueda controlar plenamente, deberíamos asumir y celebrar el hecho de que haya muchas formas de comprometerse y entrar en la cultura científica.

De hecho, no tiene sentido retirarse de algo que todo el mundo conoce. Las reliquias científicas de las colecciones y exposiciones museísticas suscitan muchos interrogantes, y de índole muy variada, sobre la ciencia y entre ellas las referentes a cómo los científicos codifican y expresan sus creencias sobre las estructuras causales del mundo natural. Si el objetivo es, sin más, explicar «la ciencia», los objetos son problemáticos a causa de su ambigüedad y la riqueza de sus asociaciones para quien lo contempla: su significado e importancia no son fijos y las reacciones de los visitantes ante ellos son difíciles de controlar.

La noción restringida de la comprensión implica que el programa de exposición se ha de supervisar cuidadosamente. Las exposiciones en todos los campos adoptan posiciones y posturas, pero fuera de la ciencia hay mucha más tolerancia hacia los criterios de los visitantes y mayor ecuanimidad si algunos visitantes no quedan convencidos o incluso se muestran hostiles ante la versión que ofrece el organizador de la exposición. El visitante desencantado o no convencido de un centro científico, y esto quizás pasa más a menudo en un museo de ciencia, como puede atestiguar cualquier conservador, es muy probable que se disculpe diciendo que no ha «comprendido». Los carteles de «no tocar» pueden no estar de moda en los museos hoy en día, aunque nosotros todavía consideramos que necesitamos algunos, pero lo que realmente a mí me gustaría hacer es poner carteles que digan «no se disculpen».

Permitir que se disculpen es más una admisión del fracaso de los conservadores que prohibir que se toquen los objetos. La cultura científica es rica y diversa, el acceso es posible a través de muchos intereses y sensibilidades diferentes, las exposiciones pueden reflejar esta diversidad y sus temas no deberían estar cerrados al programa restringido del centro científico tradicional. Las colecciones son a su vez ricas y diversas, y los objetos invitan y valoran la respuesta del visitante porque son ambiguos y no están destinados a provocar una única respuesta correcta. Con tales recursos, la disciplina de la conservación, entendida no en términos de caricatura gratuita del sabio lleno de polvo, sino en el sentido real, profesional y creativo bien establecido en el trabajo museístico y expositivo fuera del ámbito científico, puede dar forma y sustancia a las vagas ambiciones asociadas a la futura cultura pública de la ciencia. Los visitantes necesitan ser estimulados para valorar sus propias respuestas, una noción con la cual se encuentran perfectamente cómodos en otros tipos de museo.

Existen muchas dimensiones para la comprensión de la ciencia, y muchos vectores de apreciación. Parece casi ridícula la noción de que las manifestaciones omnipresentes y polifacéticas de la ciencia en la sociedad moderna pueden o deberían incluirse en una «comprensión» del aparato conceptual empleado por los científicos, incluso si se puede identificar tal cosa. Debemos multiplicar los modos permitidos de compromiso con la cultura científica –conceptuales, por supuesto, pero también históricos, materiales, estéticos, comerciales, sociales, éticos, geográficos, institucionales, políticos, etc.

La conservación implica comentario, pero al mismo tiempo también supone un reconocimiento de que su medio, la exposición museística, no se puede coaccionar. Los visitantes pueden tomar decisiones, no sólo sobre cómo se mueven por la exposición, sino también sobre cómo relacionan los objetos ambiguos y cómo ven sus yuxtaposiciones. El conservador intenta influir en estas decisiones que, sin embargo, no pueden estar enteramente bajo control. Hay espacio para otros programas, y las mejores exposiciones estimulan y aceptan estas alternativas. Insistir en la «comprensión», estrechamente interpretada y suministrada a través de máquinas destinadas para ese único propósito, implica condescendencia por un lado y disculpa por el otro. Somos condescendientes aun si el visitante domina la máquina y obtiene la respuesta correcta, ya que decidimos los criterios de acierto, es decir: marcamos la respuesta. La organización de exposiciones creativas implica el acceso a través de apreciaciones alternativas, y la misma ambigüedad de los objetos, los compromisos impre-

decibles de los visitantes con ellos, se convierte, en esta visión del futuro de los museos de ciencia, en una virtud y algo positivo, cuando antes provocaba ansiedad y extrañamiento.

Nuestra labor en los museos no es forzar a los visitantes a ir por recorridos concretos, tratarlos como a escolares de cualquier edad, ser condescendientes cuando progresan sólo hasta cierto punto y hacer que se disculpen porque no han «comprendido». La gran virtud de los objetos (museológicos) es que, dado que no están totalmente bajo nuestro control, restauran el valor a las respuestas de todos y cada uno de los visitantes.

■ Traducción de Carles Subiela



Joel Shapiro,  
*Sin título*, 1975-76

Fausto Melotti.  
*Disegni*, 1934-1983



